



Adriana Puiggrós* y Adrián Cannellotto**

Raanan Rein

Conversación con Raanan Rein: Educación, religión y neoliberalismo



Marzo de 2026

Raanan Rein es un historiador especializado en España y Latinoamérica modernas. Es profesor en la Universidad de Florida y dictó clases durante años en la Universidad de Tel Aviv. Está próximo a publicar un nuevo libro que coordinó, *El retorno al templo: corrientes religiosas judías en Argentina*, que trata sobre la creciente importancia de lo religioso en la sociedad contemporánea.

Adriana Puiggrós (AP): Quisiera empezar por una cuestión general: estamos en un momento terrible. Es un momento histórico, no en el mejor sentido del término, pero lo es. Se debaten valores básicos de la civilización, no solo de la civilización occidental sino de la civilización en general. ¿Cómo se registran estos hechos en la educación? ¿Hay algún tipo de registro? Lo pregunto porque la educación tiene que ver con la continuidad de la vida.

* Doctora en Pedagogía, profesora e investigadora (UBA-UNIPE). Directora de la *Revista Argentina de Investigación Educativa*.

** Secretario de Investigación y Posgrado de UNIPE.

Raanan Rein (RR): Sí, algunas cosas ya se notan. Otras va a llevar tiempo hasta que se integren a la vida escolar en todos los niveles. Podemos empezar con el caso de Israel, que es muy interesante en muchos sentidos. Tengo aquí datos sobre alumnos de primer grado en el Estado de Israel. En septiembre de 2025, solo el 37% de los chicos de primer grado comenzaron en escuelas públicas seculares. Un 16% estudia en colegios públicos religiosos, un 24% en colegios ultraortodoxos, y el resto en escuelas de la población palestina israelí. Es la primera vez que un porcentaje tan bajo de chicos de seis años comienza en escuelas públicas seculares. Eso es una mala señal para los próximos años. El fundamentalismo religioso se nota cada vez más en la sociedad israelí, pero también en el sistema educativo. Si pensamos en el Estado de Israel, hacia 2050, estimo que no más del 20% de los chicos de seis años comenzará en escuelas públicas seculares. Esto implica que tenemos que repensar nuestra misión y nuestro desafío en relación con el sistema educativo en los próximos años.

Por otro lado, hace un año nos mudamos al sur de Estados Unidos, y aquí se nota –en todos los niveles educativos, desde primaria hasta la universidad– el peso y la presencia de la religión. Estoy dictando un seminario de posgrado con estudiantes muy buenos, pero diría que para la mitad de ellos la religión y los conceptos religiosos tienen una importancia significativa. Hay estudiantes cristianos ortodoxos practicantes, otros con trayectorias religiosas diversas. La religión está presente, y eso influye en cómo se desarrollan

las discusiones. No cambié el programa del seminario ni las lecturas, pero sí tengo que tener en cuenta que algunos estudiantes leen los textos desde perspectivas distintas.

Eso ya está presente y, por ahora, parece que se va a notar aún más en los distintos niveles educativos en los próximos años.

Adrián Cannellotto (AC): En línea con esto: esta crisis de Occidente también es enunciada por grupos de extrema derecha. Parece que todo se hace en nombre de “salvar Occidente”, pero hay perspectivas muy distintas sobre qué es Occidente y por qué se trataría de una disputa de Occidente contra Oriente. ¿Qué dirías vos que hoy está en peligro respecto del legado cultural de Occidente?

RR: Estamos hablando de un legado cultural que se desarrolla a partir de la Revolución Francesa en adelante, no del mundo medieval. A lo largo de dos siglos –desde fines del siglo XVIII hasta fines del siglo XX– vimos un creciente reconocimiento de derechos civiles y políticos para distintos grupos: religiosos, étnicos, sociales y de género. Eso no significa que no haya habido períodos de racismo, xenofobia o antisemitismo, pero en términos generales sí hubo un proceso hacia una sociedad más igualitaria en derechos civiles y políticos.

Hoy vemos algo que nos recuerda a ciertos períodos del pasado, especialmente en Europa de entre guerras: un intento de desafiar ese proceso. Se perciben actitudes xenófobas, racistas, antisemitas y antiinmigrantes con una intensidad que no se veía desde el fin



de la Segunda Guerra Mundial. También se ven ideas de supremacía blanca en Estados Unidos más que en cualquier momento desde los años sesenta.

Lo que parecía una marcha hacia un futuro mejor –y en eso nuestra generación fue bastante optimista– hoy está siendo cuestionado. No prestamos suficiente atención a grupos sociales que no compartían esos valores, que se sentían excluidos o resentidos frente a esas transformaciones.

AP: Sin duda fuimos ciegos respecto a los otros, ¿no? Creímos que efectivamente las ideas instaladas desde la Ilustración en adelante eran las nuestras y no vimos que otras persistían. En particular la religión, pero no solamente.

Pero en ese sentido hay una cuestión que siempre me preocupa, que es la incapacidad actual de la utopía. No hay... Y no me refiero solo a las utopías clásicas; no se trata de repetir a Moro o a Owen, pero sí de imaginar algo, de imaginar algún futuro. Entonces, uno dice: bueno, había cierta “estabilidad” en los últimos siglos –no sé si vale la palabra– entre religión, política y educación, en instituciones duras. Había de alguna manera una polifonía de voces. Vos lo decís en un reciente reportaje. Entonces, ¿qué perspectivas hay de que pueda haber algún tipo de articulación? No sé si articulación, pero al menos algún acercamiento.

RR: Sin duda. En parte la religión volvió a cobrar peso e importancia porque mucha gente se siente desprotegida con el giro neoliberal de las últimas décadas. El Estado de bienestar social se achicó cada vez más y la gente

se siente sin una red de apoyo. La religión y las comunidades religiosas en parte ofrecen ese apoyo: cierta solidaridad, sentimientos de pertenencia; apoyo de todo tipo.

El desafío para nosotros es cómo dialogar con estos grupos sin, entre comillas, combatir la religión, pero sí intentando entender ciertos aspectos suyos. Porque cuando hablamos de educación religiosa, una cosa es la educación religiosa en escuelas públicas y otra en escuelas confesionales o en marcos comunitarios. No hablo ahora de la enseñanza en escuelas confesionales. Pero, como historiador, para entender la historia y ciertos eventos clave, es mejor tener alguna idea de religión. Para entender el arte de los últimos mil años, hay que conocer ciertos conceptos religiosos. Lo mismo para la literatura. Pero también para entender la política actual y el uso del imaginario religioso por parte de muchos políticos hoy en día.

Entonces, en la educación religiosa en escuelas públicas se puede hablar de cuestiones éticas y morales: justicia, responsabilidad, comunidad, compasión. Pero hacerlo desde un punto de vista comparativo y siempre cultivando el pensamiento crítico. Esa es la gran diferencia entre el adoctrinamiento en escuelas confesionales y la educación religiosa en escuelas públicas.

AC: Comparto absolutamente que el rol de la religión como parte de la cultura es insoslayable. ¿En este proceso actúan también las grandes compañías tecnológicas? Estas compañías han capturado distintas esferas de la vida: LinkedIn con el trabajo, Facebook y demás sitios que trabajan

vínculos interpersonales, las criptomonedas... Ves que hay ahí algún proyecto alternativo a esta modernidad que heredamos desde la Revolución Francesa, con una lógica más globalizada y un espíritu liberal –en el sentido del respeto por las diferencias y las minorías–. ¿Cómo ves que juega eso? Siendo que Estados Unidos está en esa disputa mirando a China como enemigo, y cuando muchas de estas personas son asesores del gobierno.

RR: Es difícil generalizar al hablar de Estados Unidos. Si hablamos de las grandes corporaciones, sí ofrecen una alternativa en cierto sentido. Pero, en otro sentido. Ofrecen algo complementario a ideas, tradiciones y costumbres existentes. Las plataformas digitales tienen en cuenta suposiciones comunes acerca de distintos temas clave. No siempre ofrecen una alternativa modernizadora, tecnológica, pluralista y cosmopolita. A menudo usan, abusan y fomentan precisamente actitudes y estereotipos que van en contra de los valores que mencionamos antes.

AP: Estaba pensando una pregunta semejante. Respecto a lo primero que hablábamos, cuando diste las cifras tan impactantes sobre la educación primaria en Israel. ¿Cómo interfiere la web? Teniendo en cuenta las dificultades que imagino, pero de todas maneras, ¿cómo se vincula o interfiere en la enseñanza, en las escuelas, en los jóvenes?

RR: Al igual que los capitalistas, también los dirigentes religiosos han sido muy capaces de adaptarse a las circunstancias cambiantes. Recuerdo mi primera visita a Estados Unidos, a

principios de los años setenta, y cómo me impactó el uso de la televisión por parte de pastores protestantes. No predicaban solo a una comunidad pequeña, sino a millones de personas que prendían el televisor los fines de semana. Hoy pasan cosas similares. Grupos religiosos –no solamente, pero también religiosos– aprovechan muy hábilmente las plataformas digitales para predicar valores que muchos de nosotros consideramos reaccionarios, a veces racistas, a veces xenófobos.

AP: No quiero olvidarme de preguntarte otra cosa. En las zonas de conflicto –Israel, Palestina–, ¿se encuentran estrategias pedagógicas distintas que reconozcan el conflicto? Ya sean escuelas laicas o religiosas.

AC: Quiero agregar, ¿cómo toman el conflicto dentro de la enseñanza? Y también, ¿cómo se elabora desde la escuela el trauma que supone ese conflicto?

RR: Sin duda alguna, el conflicto en Medio Oriente se ha intensificado –se ha escalado– precisamente por un creciente fundamentalismo religioso, tanto por parte de judíos como de musulmanes. Cada vez se hace más difícil pensar en una resolución por esta creciente influencia del pensamiento religioso, que deja menos espacio para el diálogo. Hay posiciones que reclaman todo el territorio de la vieja Palestina o que no reconocen legitimidad alguna a la presencia del otro –ya sea judía en un entorno musulmán o musulmana en un Estado judío–.

Hay muchas iniciativas en distintas escuelas de Israel para promover



ideas de diálogo, reconocimiento y soluciones pacíficas. Sin embargo, están al margen del *mainstream* de la educación pública. Hay una red de escuelas democráticas en Israel que cultiva ideas de pluralismo, tolerancia y diálogo. También hay escuelas judeo-árabes, con alumnos de ambos grupos. Se organizan visitas entre escuelas judías y comunidades palestinas dentro de Israel, y viceversa. Son iniciativas valiosas, importantes, pero con relativamente poca influencia en el curso general de los acontecimientos. De todos modos, en medio de esta ola de violencia e intolerancia, cualquier iniciativa de este tipo es algo que debemos valorar. Con respecto al tema del trauma, contesto no solo como académico, sino también como abuelo. Pienso en mi nieta de diez años, que empezó la escuela con la pandemia, con el Covid, y que desde entonces pasó por varias operaciones militares de Israel en Gaza. Esta guerra que comenzó en octubre de 2023, después de la masacre cometida por militantes de Hamas, la guerra de doce días con Irán en junio del año pasado, y la actual guerra en distintos frentes –Irán, Líbano, Siria, Gaza–. El impacto psicológico es enorme. No soy psicólogo, pero eso es evidente. Hace pocos meses, cuando visitábamos Israel, llevamos a las nenas al cine, y en el camino preguntaban: “¿Y si suena la alarma? ¿Qué tenemos que hacer? ¿A dónde tenemos que ir?”. Cuando estaban de visita en Estados Unidos y pasó una ambulancia, noté su reacción: pensaban que era una alarma.

En cada escuela pública hay apoyo psicológico y de asistentes sociales. Pero es una respuesta parcial. Y si el conflicto sigue en esta magnitud durante

años, vamos a sufrir sus consecuencias psicológicas por mucho tiempo.

AP: Yo estaba pensando en dos cosas. Por un lado, la relación entre trauma y memoria. Si uno lo piensa en la historia larga, cuando ha habido situaciones tan traumáticas, siempre queda algo en la memoria que influye en el futuro, que transforma la sociedad. Y, por otro lado, los jóvenes que son llamados a incorporarse como combatientes. ¿Cómo se ve eso? ¿Qué reacciones hay?

RR: En este caso, por el discurso oficial, la mayoría de la gente cree que es una guerra necesaria para asegurar la supervivencia del Estado de Israel. En estas circunstancias, hay pocos que desafían ese discurso o que consideran evitar el servicio militar por razones de conciencia.

Hubo otros momentos en la historia de Israel –por ejemplo, en la primera guerra del Líbano en los años ochenta– en que muchos pensaban que no era una guerra inevitable, y hubo más resistencia y llamados a no alistarse a servir en el Líbano. No es el caso actual. Por ahora, la mayoría tiende a creer en el discurso oficial, según el cual no había alternativa diplomática. Es el discurso que se escucha a diario desde Jerusalén o desde Washington.

AC: Claro. También pensaba en el caso argentino –Malvinas, la dictadura–, donde el trauma duró mucho tiempo y sigue influyendo. Lo mismo con la dictadura. Siempre está la idea de que la guerra termina cosas, pero en realidad empieza muchas otras que no se sabe dónde terminan.

RR: Sí. Y el trauma a veces representa un obstáculo para el diálogo y el reconocimiento del otro. Otras veces, al contrario, puede empujar a la gente hacia el diálogo, la diplomacia, la tolerancia. No necesariamente lleva siempre al mismo aprendizaje. Pienso en israelíes de mi generación que han pasado no por una guerra o dos, sino por muchas. El impacto del trauma es distinto en cada caso. El trauma no necesariamente conduce a lo mismo en unos y en otros.

AP: Claro, no necesariamente produce el mismo aprendizaje.

Paso un poco a la Argentina, que vos conocés tan bien. En este momento, a cincuenta años del golpe militar, hay muchas cosas que llaman la atención respecto de la memoria. A mi manera de ver, hay menos actividad que en otros aniversarios. Sin embargo, percibo que la generación más joven –más joven que la mía y también que la tuya– está este año muy interesada en el tema del golpe. He recibido mensajes, convocatorias de gente de esa generación. Eso da mucho para pensar, porque ellos no vivieron ni la dictadura ni Malvinas. Entonces algo quedó en la memoria. Algo despierta en la memoria la situación actual, la situación mundial, y también la situación que estamos viviendo acá con este enorme peligro que es el gobierno libertario.

RR: Sí. Con los jóvenes veo actitudes distintas y a veces contradictorias. Por un lado, cuando nosotros éramos estudiantes de licenciatura, los profesores eran los conservadores y nosotros los progresistas. En las últimas dos o tres décadas eso se invirtió: los profesores

somos los progresistas y muchos estudiantes son más conservadores.

En América Latina –pensando en el Cono Sur– hay muchos jóvenes que toman la democracia como algo obvio, que no participaron en la lucha por la redemocratización de la sociedad... Y que, de algún modo, dan apoyo a intentos de rehabilitar o legitimar las dictaduras de los años setenta. Esto se ve en Brasil, en Chile, en Argentina.

En España, según encuestas, hay jóvenes que no vivieron el franquismo pero lo miran con cierta nostalgia, asociándolo a estabilidad o seguridad. Hoy se sienten más desprotegidos: por el mercado laboral, por el acceso a la vivienda, por el futuro de España. Y eso explica el crecimiento de partidos de derecha o extrema derecha.

AP: Sí. En España, Sánchez es un extraordinario equilibrista... Hubo un gran acostumbramiento a una vida cómoda, y se creyó que eso era para siempre. Entonces, ahora, ante las dificultades, aparece esa idea: que vuelva Franco.

RR: Sí. Pero también veo, entre distintos grupos de jóvenes, un esfuerzo por retomar ciertas luchas, recuperar algunas banderas que se han perdido en las últimas décadas.

AP: A mí me llama la atención el registro de lo que pasó. Te cuento una anécdota: anteayer salgo de mi casa y veo a un joven en bicicleta con un parlante enorme, pasando la marcha peronista. Se detiene en el semáforo, alguien desde un auto grita “¡Viva Perón!”, y una señora cartonera también empieza a gritarlo. Me quedé pensando: ¿qué



está pasando?, ¿en qué mundo estoy viviendo? Pero lo que me quedó es la idea del rastro, de algo que permanece.

RR: Sí, la historia es larga.

AP: Claro. Y en ese sentido, ¿qué pensás de la situación argentina? ¿Es una novedad histórica? ¿Qué se ha heredado para llegar a este punto? ¿De dónde sale? Más allá del contexto mundial, ¿cómo lo ves dentro de la historia argentina, desde la democracia hasta hoy? Desde la clase dirigente argentina donde hay un grupo israelí sionista muy importante...

RR: Lo que sucede en Argentina me parece parte de una ola de nuevo autoritarismo. Hoy no hace falta un golpe militar para instaurar un gobierno autoritario. Con el manejo de las redes sociales y discursos demagógicos se puede lograr un apoyo bastante amplio. Por eso, quienes se oponen a estos nuevos autoritarismos tienen que desarrollar nuevas formas de hacer política. No se puede seguir con las viejas herramientas.

La historia no vuelve de la misma manera. A veces reaparece como una especie de parodia. Una característica de estos nuevos autoritarismos es el uso del lenguaje religioso. Hay una especie de mesianismo político que promete no solo la grandeza de la nación, sino también el futuro de la gente.

Para nuestra generación, este uso del imaginario religioso en la política es algo sorprendente. Pensábamos que ese tipo de discurso pertenecía a otros contextos, a países retrasados, no a países como los nuestros. Pero hoy lo vemos en América del Norte,

en América Latina, en distintos lugares. No es la extrema derecha clásica: no hace falta cerrar el parlamento ni crear un partido único. Con ese discurso mesiánico se logra el apoyo necesario para implementar políticas económicas y sociales no tan distintas de las de la derecha tradicional.

Entonces, el caso argentino por un lado forma parte de una pauta más global. Por otro lado, tiene rasgos particulares que tienen que ver con la ideología más fuerte en la política argentina desde mediados de los años cuarenta, que es el antiperonismo. El antiperonismo es la ideología más importante. Y para intentar eliminar ese “peligro” peronista, las élites argentinas han apoyado distintas fórmulas políticas que fracasaron una y otra vez. Primero apoyaron dictaduras militares, después partidos de derecha más tradicionales, y hoy apoyan esta fórmula mesiánica que, en el corto plazo, sirve a sus intereses.

Quiero decir algo sobre el comentario de Adriana respecto a la influencia de Israel o del sionismo. Me parece un poco simplista. De esa manera se le quita agencia a las élites locales y a los propios políticos. Aquí en Estados Unidos también se dice que, por la influencia de Israel o del sionismo, Estados Unidos entró en guerra con Irán. Eso me parece problemático. Como si Estados Unidos no tuviera su propia agenda o como si no existieran otros grupos de interés. Pensar que Israel o la comunidad judía tienen un peso tan determinante en la política de países como Estados Unidos, Argentina o Brasil me parece una exageración. Constituyen una fuerza más que intenta promover ciertas agencias, pero no es determinante.

AP: Sí, claro. El expansionismo norteamericano no necesitó de Israel para existir. No olvidemos la doctrina Monroe.

AC: Quería volver sobre algo que planteabas al principio: la inversión entre progresistas y conservadores. ¿Hasta qué punto lo que hoy pasa con los jóvenes no es consecuencia del neoliberalismo? Un proceso que desplaza a la política del diseño de la sociedad y pone en su lugar a la economía. Donde los jóvenes terminan comprando ese discurso: supremacía de lo económico y desprestigio de la política como construcción de futuro, de lo común, de la memoria.

Los conservadores hoy están pensando en no controlar los desarrollos tecnológicos industriales, mientras que los progresistas estamos pensando que algún tipo de control, de regulación y de orden tiene que haber para que efectivamente sigan funcionando los Estados y no se conviertan en una suerte de capitán global de un conjunto de empresas.

RR: La mayoría de la gente opera según ciertos códigos culturales. En los años treinta, por ejemplo, si uno era de derecha, también era antisemita. Si era antibolchevique, tenía que ser antisemita. Las posiciones venían en “paquetes”. Hoy pasa algo similar: si uno está a favor del gobierno actual en Argentina, también suele adoptar una serie de posiciones en lo económico, lo social y lo internacional. Y lo mismo del otro lado: si uno está en contra, también adopta otro conjunto de posiciones. Esto es problemático.

En el sistema educativo queremos cultivar el pensamiento crítico,

la posibilidad de tener ideas propias sin que una posición implique automáticamente otras. Pero con la polarización actual, eso se vuelve difícil. Se generan respuestas casi automáticas, “pavlovianas”. Si estás con Milei, entonces sostenés ciertas posiciones en múltiples temas. Y viceversa. Esto se parece a un pensamiento religioso: cada bando tiene sus “verdades” y un conjunto cerrado de ideas. Por eso es fundamental aceptar las diferencias, no encasillar al otro. Si no, lo único que hacemos es endurecer las posiciones.